

EL RINCON DE LA HISTORIA

EL ARPA... QUE EN DULCE NOTA

El arpa chilena, pequeña y triangular como en la tradición da-
vídica, cuyo extremo se apoya contra las rodillas del virtuoso, fué
en los años coloniales instrumento eclesiástico y devoto. El pres-
bítero Alejo Salazar alcanzó nombradía en el convento de San Fran-
cisco tocando ante el altar de su patrona la Virgen de Aranzazu y,
en memoria del éxtasis bíblico, legó a los Padres Seráficos el instru-
mento que tanto le había acompañado.

En la Compañía de Jesús, fué maestro de arpa Juan Navarro
S. J. Sus discípulos Miguel de Erazo y el negro Juan, oficial de
sastrería, alegraron asimismo las festividades de San Ignacio con
el suave tañido arpegiado.

En las monjitas de la Victoria, cuyas virtudes perfumaron de
poéticas leyendas el ambiente colonial, profesaron diversas madres
«por el instrumento del arpa». Las crónicas recuerdan a la hermana
María Tristán, a Sor María Josefa Villalobos, a doña María Que-
zada, a doña Rosa Zumarán, entre las que formaron ese «coro de
cisnes» de que habla el historiador de la Orden y a cuyos oficios
acudía un selecto público santiaguino, unido de artística devoción.

A comienzos del siglo XVIII, un veterano de Arauco, el gallego
Ceferino Trueba, consoló su absoluta invalidez militar dedicándose
a la fabricación de instrumentos y «desde entonces se entregaron
algunas señoritas al estudio del arpa y el gusto se propagó por imi-
tación a la servidumbre y a la gente del pueblo. Como ellos no po-
dían pagar los excesivos precios de Trueba, (\$ 6 como se lee en el
testamento de Dolores Valenzuela), muy pronto tuvo éste compe-
tidores que fabricaban a precios mucho más bajos, conforme al
gusto popular».

El arpa pasó a ser así instrumento mundano, inseparable de la
guitarra en la ruidosa francachela de antaño y algunos de sus
cultores, entre otros el Capitán Mariano Barros, «era insuperable
en el tocar las saladísimas tocatas del país». Años más tarde, un
viajero podía leer a la entrada del Puente de Palo, que vadeaba la
tornadiza corriente del Mapocho, un orgulloso letrado: «Se compo-
nen arpas para remoliendas».

EUGENIO PEREIRA SALAS.